

OPINIÓN

LOS INTELLECTUALES Y ESPAÑA

JOSÉ CARLOS LLOP

Escritor situado voluntariamente en la periferia ilustrada, lo que le permite tener una mirada limpia de tentaciones sectarias y modas pasajeras, José Carlos Llop (Mallorca, 1956) lleva cuatro décadas construyendo a través de la poesía, el dietario y la novela una obra literaria en torno a la memoria y la belleza. Un «mundo antiguo», admite, que intenta sobrevivir al golpe de la pandemia y la posmodernidad.

«En el 98, a diferencia de hoy, España tenía conciencia de nación»

POR IÑAKI ELLAKURÍA
FOTO ALBERTO VERA

Alejado de los cenáculos literarios capitalinos y del casino mediático en el que muchos escritores se juegan fortunas efímeras, José Carlos Llop (Mallorca, 1956) lleva cuatro décadas construyendo con el distanciamiento del dandi una obra literaria compuesta de libros de poesía, dietarios, novelas, artículos periodísticos, que gira en torno a la memoria íntima y colectiva. A paisajes físicos y sentimentales como Mallorca y el Mediterráneo, el París de la ocupación en el que se cruza con Modiano, la Trieste de Magris o la Alejandría de Durrell. Todo desde una buscada periferia que le lleva a definirse como un «hombre antiguo» y en la que es inevitable ver referencias del apacible conservadurismo proustiano.

Pregunta.— ¿Cómo se ve esta España dividida y enfrentada desde la distancia física y moral de esa «ciudad sumergida» que es Palma de Mallorca?

Respuesta.— La veo al otro lado del mar. En invierno a través de la niebla y en verano oculta tras la calima. Como el continente los ingleses, supongo. Y como los ingleses, últimamente tengo la sensación de otear El Sudán. Intento apartar la imagen para que no altere mi vida cotidiana, pero los hay que lo ponen difícil, créame, y eso que el mar calma mucho las cosas.

P.— De nuevo somos los últimos de la fila. ¿España está condenada a volver cíclicamente al espejo del 98?

R.— Al 98 no creo. En el 98 se tenía conciencia de nación, no solo de país. Estoy hablando de cultura y de tradición. El tejido cultural sostiene, por debajo, una sociedad y en el fondo, la estructura. Piense en el 98: existía esa tradición y se proyectaron sobre la generación siguiente. La conciencia de país —el de Pla era Cataluña, el de Torrente era Galicia, el mío es Mallorca— es importante, pero la nación es necesaria como tejido para soportar los grandes embates. La literatura también cose, como Penélope, ese tejido que la sostiene. Sin pretenderlo, pero lo cose. La generación del 70, cuando salió a la calle, encontró a los de la generación del 50 e incluso a alguno del 27 —pienso en Aleixandre, que los acogió—, así como los del 27 habían encontrado a Juan Ramón Jiménez. Esto, que favorecía una continuidad que venía de lejos, se acabó tras la generación del 70 —está su obra, pero ellos solo se han dedicado a sí mismos— y se deshinchó el tejido, lo que produjo vacíos que las culturas nacionalistas, lógicamente, han sabido aprovechar.

P.— Coronavirus: No se podría saber dijo el Gobierno. Lo que era según los expertos (quizá menos) solo un «resfriado fuerte» ha acabado en pandemia mundial. La solución que nos ofrecen: encerrarse en casa, tápese la boca, no tenga relaciones sociales... ¿Ha fallado la ciencia?

R.— Más que coronavirus, prefiero llamarle peste. Es una peste y no va a salir de ella ningún *Décameron* y tampoco otros *Cuentos de Canterbury*. Entonces se iba hacia el Renacimiento, la oscuridad tenía los días contados y en la celebración de la vida frente a la muerte, a través del humor y del sexo de ambos libros, se vislumbra cierta luz al final del camino. Ahora el proceso es inverso y me gustaría equivocarme: da la impresión de que vamos hacia el oscurecimiento. De repente, un día de febrero sufrimos una metamorfosis equiparable, por su crudeza, a la de Gregorio Samsa. Nos convertimos en hombres antiguos no siéndolo; es decir, sin tener sus defensas. Súbitamente estábamos tan desprotegidos como los habitantes de las cavernas. La ciencia había desaparecido en un sarcasmo que parece el rebote del *dictum* nietzscheano respecto de Dios. Digo sarcasmo y no ironía, porque fue brutal: tanto el vacío abierto por Nietzsche como la misteriosa expansión criminal de la peste 2020. Enfermábamos y moríamos y se nos encerraba en nuestra casa y las morgues no bastaban y así, a lo bestia, supimos que algo iba mal. Pero debemos ser lentos de pensamiento: lo sabían en China y lo sabían en Italia y aquí nos vestíamos de luces y chuleábamos ante el fantasma. No me excluyo, eh: recuerdo que poco antes del cataclismo me presenté en una cena en casa de unos amigos con la máscara de *Il dottore* de la peste.

P.— En estos días oscuros, se multiplican los gurús del apocalipsis que dicen que el mundo tal como lo conocíamos se ha acabado. ¿Por qué este resurgir iconoclasta?

R.— Son dos cosas distintas. El sentimiento apocalíptico es algo que va y viene cíclicamente. Ya sucedió con la primera guerra de Irak, por ejemplo. Y siempre hay profesores Philipulus vestidos con una sábana y tocando el gong por ahí, es inevitable. La iconoclastia la observamos ahora en la política de la cancelación—vaya palabro— y el derribo de estatuas y despido de directores de museo y la belicosa reivindicación de lo considerado invisible —y me temo que importa más la belicosidad y la furia que la reivindicación—. Este espíritu iconoclasta es parecido al bizantino del siglo VIII con los iconos, ya que tanto en el de los primitivos cristianos con las imágenes clásicas como en el mahometano en su instauración, había un proyecto de sociedad basado en una nueva religión y no una revisión de

la memoria desde su destrucción y después ya veremos.

P.— Quizá tengan razón los apocalípticos y muchos de nosotros seamos sólo vestigios del siglo XX, perdidos en nuestra melancolía...

R.— Que somos vestigios del siglo XX, al menos a mí, que nací en el 56, no me cabe duda. El XX es mi siglo, el que me dio la hermenéutica de la vida. En el XXI, que empezó el 11 de septiembre de 2001, no antes, la sensación es la de ir pisando un campo de minas. Y creo que no hay tiempo para la melancolía.

P.— ¿Ha triunfado el miedo? El filósofo francés Bernard-Henri Lévy dice en su último libro que hay «una epidemia del miedo» con el coronavirus que está permitiendo a los gobiernos recortar libertades individuales y derechos fundamentales.

R.— El miedo actual es un fenómeno secundario, una consecuencia. Lo que había calado era una falsa conciencia de inmortalidad y el derecho a una vida confortable por el mero hecho de haber nacido y la creencia de que basta con querer una cosa para tenerla. Se vivía como si la Biblia y los clásicos (ya no digamos Séneca) no existieran: sin memoria. Pues mira: aquí está un pariente del ángel exterminador y resulta que no viene sólo a por los primogénitos egipcios... Y el miedo se ha ensañado de las conciencias, claro.

R.— En su conversación con Nadal Suau y Daniel Capó habla de que la memoria puede ser ese lugar donde se miente. Una afirmación que entronca con la polémica sobre la Ley de la Memoria Histórica que ha agitado el Gobierno de Pedro Sánchez.

R.— La memoria tiene a veces vocación de novelista y tiende a modificar las cosas que ocurrieron para que la ficción que crea posea cierto mecanismo interno y funcione. Pero la vocación de novelista —lo digo por la memoria individual— no es la del político, a quien tanto le da negro como blanco para conseguir su objetivo. Esta ley está sirviendo ahora para remover lo que sus protagonistas —aquellos que se enfrentaron en la Guerra Civil— habían decidido, tácita y explícitamente, no remover nunca. Y no me refiero a la búsqueda de los muertos y su devolución a las familias, que tendría que haberse producido hace tiempo.

P.— Pese a llevar escribiendo décadas en los diarios, usted se muestra muy crítico con el periodismo actual. ¿Es un ajuste de cuentas?

R.— Cuando publicó su primer libro de poemas, le preguntaron a T.S. Eliot por qué era tan crítico con su clase social y contestó que era la que conocía y en la que confiaba y que no iba a criticar otras de las que no esperaba nada, ni bueno, ni malo. Llevo casi cuarenta años escribiendo en periódicos, he aprendido a escribir en ellos, o sea que no considero la prensa, como la llamó Cyril Connolly, un enemigo de la promesa, más bien al revés, pero el periodismo actual tiene defectos posmodernos —desde la frivolidad intelectual a la

irresponsabilidad incendiaria— que lo han convertido en banderín de enganche y eco de muchas de las cosas que hoy destruyen más que construyen. La postverdad, por ejemplo.

P.— ¿La postverdad no es un eufemismo para no hablar de la vieja la mentira?

R.— La postverdad es la mentira, no hay que darle más vueltas. O si lo quiere de otra manera, es la ausencia de verdad tras la voluntad de instaurar una mentira, con premeditación y alevosía.

P.— Usted ha reivindicado en no pocos artículos y declaraciones el bilingüismo de las Baleares, su literatura en castellano y catalán, pero las políticas del Gobierno de Francina Armengol señalan al castellano como intruso y al catalán como lengua propia. ¿Le preocupa lo que está sucediendo?

R.— Mi reivindicación es urbana; es en la ciudad

► Escritor, poeta, nacido en Palma de Mallorca en 1956, ha ganado varios premios internacionales, como el Prix Écureuil de Littérature Étrangère.
► Acaba de publicar 'Una Conversación' (Editorial Elba) junto a Daniel Capó y Nadal Suau.

CORONAVIRUS

«Prefiero llamarle peste a virus, aunque de ella no va a salir un 'Decameron', sino que estamos avanzando hacia un oscurecimiento»

VIRUS Y CIENCIA

«En febrero nos descubrimos tan desprotegidos como los habitantes de las cavernas, la ciencia desapareció en un vacío nietzscheano»

SÍ, SE PODÍA SABER

«En España debemos ser lentos de pensamiento, lo sabían en China y en Italia, y aquí nos vestíamos de luces y chuleábamos ante el fantasma»

NUEVOS ICONOCLASTAS

«Esta nueva iconoclastia está detrás de lo que llaman cultura de la cancelación, basada en la revisión de la memoria para su destrucción»

EL FIN DE LA INMORTALIDAD

«Había calado una falsa conciencia de inmortalidad, el derecho a una vida confortable y la creencia de que basta con querer una cosa para tenerla»

BALEARES Y BILINGÜISMO

«En Palma siempre se hablaron las dos lenguas con naturalidad, la falta de respeto hacia una u otra tiene consecuencias nefastas»

EUROPA Y EL NACIONALISMO

«Los fenómenos colectivos como el nacionalismo son como los pecados, responsabilidad de todos: unos por acción, otros por omisión»

BARCELONA

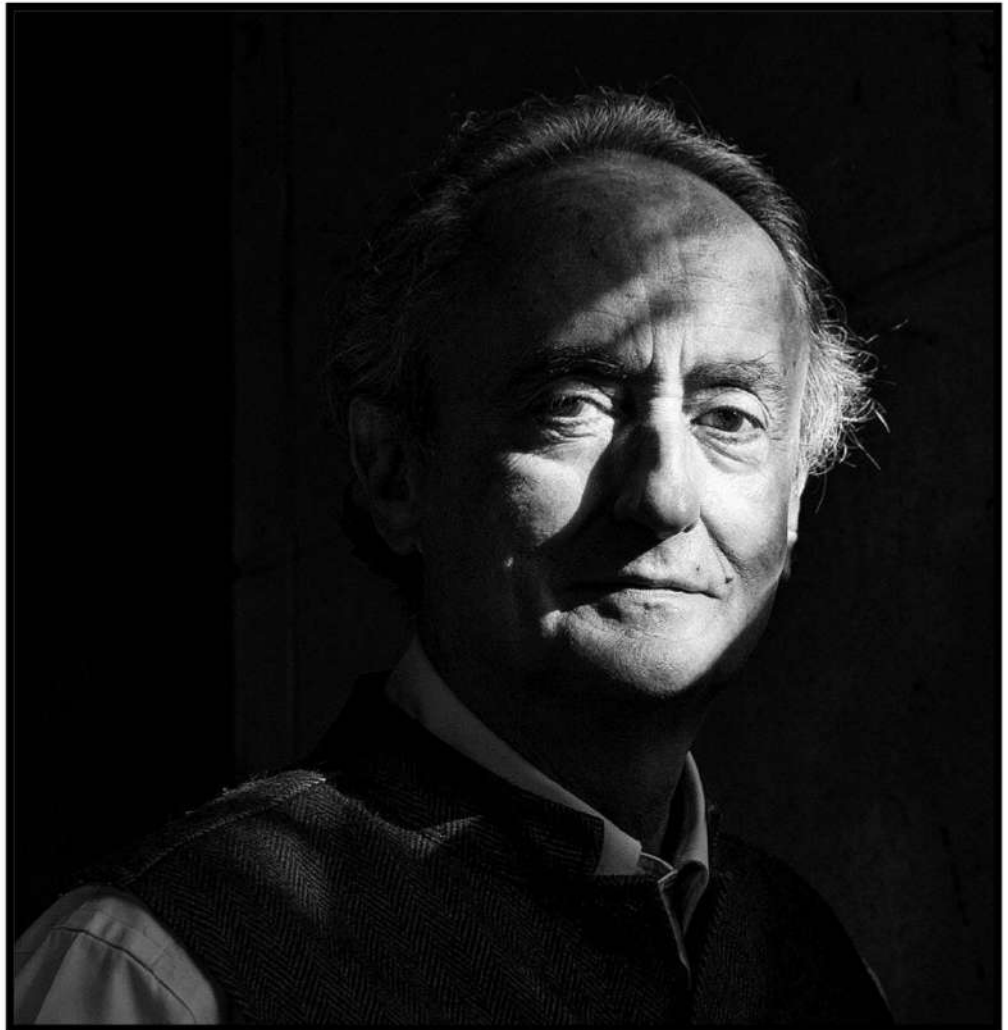
«Es otra ciudad comparada con la de los 70, es el decorado pintado de la independencia tácita y del abandono del Estado a los no nacionalistas»

ATAQUES AL REY

«No es un debate abierto en la sociedad sino que está impuesto, precisamente, por los que quieren derribar la monarquía española»

MEMORIA HISTÓRICA

«La ley que impulsa el Gobierno está sirviendo para remover lo que sus protagonistas habían decidido, expresamente, no remover nunca»



El escritor y poeta mallorquín José Carlos Llop.

donde se han hablado las dos lenguas con naturalidad y sin crispación o rivalidad algunas. Igual que la naturalidad en el campo y en los pueblos está en el uso del mallorquín, que es la lengua local. Pero las lenguas son concupiscentes y se fertilizan entre sí y una lengua está viva en contacto con las demás. Pasa con ellas lo que pasa con las personas. Tener dos lenguas de nacimiento es una gran riqueza y la falta de respeto hacia una u otra tiene consecuencias nefastas.

P.— Toda su obra literaria destila un profundo europeísmo. Pero la realidad es que vuelve a Europa el grito de la tribu, los nacionalismos... El nacionalismo es la guerra, dijo Mitterrand.

R.— Y antes lo habían dicho otros. Y sobre todo, lo habían sufrido. Mitterrand era un gran lector, un gran gourmet y un hombre que amaba a las mujeres, especialmente a Anne Pingeot, su amante, a quien escribió pasajes de una complicidad maravillosa. Pero políticamente era un cuco, ¿no? Ahora bien: ya querriamos hombres de su talla en la política europea, mientras se afianza y gana terreno lo que lleva años incubándose con la complacencia de todos. Los fenómenos colectivos —y el nacionalismo excluyente lo es— son como los pecados, responsabilidad de todos: unos por acción y otros por omisión.

P.— Su etapa de juventud en Barcelona fue un periodo de educación sentimental en una ciudad preolímpica, canalla, cosmopolita... ¿Reconoce aquella ciudad ahora que es capital del proceso independentista catalán?

R.— Digamos que empecé a perder mi Barcelo-

na —si puede hablarse así— cuando se convirtió en la ciudad del diseño y ahora, si la comparo con la de los años 70, es otra ciudad. Pero me expreso mal: los que detentan los mecanismos de poder la han convertido en un decorado pintado, como aquellos telones que le ponían a Catalina de Rusia para que no viera lo que había detrás. El decorado de la independencia tácita. Y ahí ha habido un vacío también: los que no son independentistas, aunque paguen sus impuestos y sean buenos ciudadanos, no han tenido un Estado que velara por ellos.

P.— Volvamos a la peste. Los infectados suben de nuevo, cierran bares, restaurantes, teatros, librerías... ¿Teme otro confinamiento como el anterior? ¿O disfrutó de una suerte de vida en suspenso?

R.— Los escritores tenemos práctica en estar confinados. Hay una parte de nuestra vida que es vida de ermitaño. O sea que por un lado no viví mal el encierro del pasado invierno, pero por otro —la falta de libertad a la fuerza, que te encierren en casa *por tu bien*— no me gustó.

P.— ¿Cómo ve el actual ataque a la monarquía española? ¿Hemos de movilizarnos y gritar viva el Rey o...?

R.— ¿Es un debate abierto en la sociedad o un debate impuesto por los que derribarían la monarquía? Nunca hay que exagerar: yo soy monárquico en Inglaterra y republicano en Francia y a menudo recuerdo al poeta Auden y su deseo de vivir en un país imaginario cuya religión fuera «la católica, con un tranquilo estilo mediterráneo» y su forma de Estado una monarquía elegida de por vida por toda la población.